

EDITORIALES

# Bochorno ecuatoriano

El presidente Correa, guste más o menos, tiene el derecho a terminar su mandato

La posibilidad de que estuviera en marcha en Quito un golpe de Estado en toda regla planeó en la tarde del jueves sobre la perpleja opinión ecuatoriana e internacional. Sin noticias previas sobre indicios subversivos y en ausencia de graves incidentes, la rebelión de la Policía contra las decisiones del Gobierno en materia de retribuciones, pluses, bonos, promociones y otras lindezas tomó el aspecto amenazante de un intento de 'putsch'. Afortunadamente no fue así y una intervención de unidades de elite de las Fuerzas Armadas acabó con el bochornoso espectáculo de un presidente elegido secuestrado de hecho en un hospital, ligeramente herido y a merced de cualquier incontrolado. Si es lícito preguntarse si los comandos militares no pudieron actuar con más rapidez, eso no empaña lo que parece un inequívoco posicionamiento del Alto Mando al lado del gobierno legal. Esa es la única lección positiva de un confuso y vergonzoso motín que provocó con una reacción fulminante una condena sin paliativos del mundo entero. Empezando, como debe ser, por la Organización de Estados Americanos, que se movilizó de inmediato y preparó una sesión de emergencia en Guayaquil con base de partida en Lima para presentarse físicamente en el país en apoyo de las libertades públicas y contra todo intento golpista. No hizo falta porque en menos de doce horas la situación evolucionó hacia la normalización y el triunfo de la legalidad constitucional. Dicho esto, es lícito interrogarse sobre la posibilidad de que la inesperada rebelión policial haya sido ambientalmente favorecida por la situación política en su conjunto, en un momento de tensión entre gobierno y oposición. El presidente Correa, en efecto, equivocándose, está sopesando disolver el parlamento y gobernar un tiempo por decreto, lo que le permite la Constitución bajo ciertas condiciones, y encuentra hostilidad... incluso en las filas de su partido. Pero ni así se puede excusar la mascarada: los golpes a la vieja usanza, conocidos por los ecuatorianos, habituados a los líderes demagógicos y a la inestabilidad casi crónica, han pasado a la historia. Y Correa, guste más, menos o nada, tiene el derecho a terminar su mandato sin que un policía le mueva el sillón.

## Optimismo de Zapatero

El presidente del Gobierno, criticado con ocasión de la huelga general por su falta de explicaciones de las medidas de ajuste a la sociedad, concedió ayer una entrevista a la radio pública en la que ratificó la reforma laboral, insistió en la necesidad de reformar las pensiones y recurrió a su proverbial optimismo antropológico para anunciar un futuro mejor a corto plazo. Sucede sin embargo que las previsiones de Rodríguez Zapatero tienen escasa credibilidad, después del garrafal error de ignorar la crisis durante tanto tiempo. Además, parece inútil negar que los próximos Presupuestos del Estado son «restrictivos» porque el 58% del gasto es social: lamentablemente, los recortes llegan a todas las partidas, desde las pensiones al desarrollo de la Ley de Dependencia. Ni siquiera es verosímil que en dos años tengamos «un crecimiento económico sólido». En el mejor de los casos, y aun contando con que no suframos una recaída, es evidente que tardaremos bastante más en recuperar un ritmo de crucero aceptable que nos permita comenzar a reducir el insostenible desempleo. Un desempleo que lastra nuestro crecimiento en un perverso círculo vicioso y que solo cederá verdaderamente cuando hayamos construido un nuevo modelo de desarrollo.

## IDEAL

DIARIO REGIONAL DE ANDALUCÍA

Director General: Diego Vargas García

Director:  
Eduardo Peralta de Ana

Subdirector y jefe de información:  
Félix L. Rivadulla  
Jefe de Edición:  
Miguel Martín Romero  
Jefes de Área:  
Juan Jesús Hernández Hernández (Granada), Justo Ruiz Barroso (Deportes), Ángel Iturbide Elizondo (Delegado Almería), José Luis Adán López (Delegado Jaén)

Director de Control de Gestión:  
Jesús Torre Ramos  
Director Comercial:  
Jorge Artero Núñez  
Directora de RR HH:  
María A. Cañete Comba  
Director de Marketing:  
Pablo Madina Martínez  
Director Técnico:  
Antonio C. Castillo Jiménez

# GR

JUAN CHIRVECHES

Horrendos barrios formados por los horrendos edificios levantados por especuladores, cuyos apellidos han quedado como sinónimo de espanto urbanístico, de atrocidad estética y de corrupta especulación

**Q**ué queremos decir cuando decimos que una ciudad es bonita? Casi siempre, lo que con ello queremos expresar es que es bonita su zona monumental, antigua, su casco histórico: ese pequeño cogollo central que, milagrosamente, ha escapado a la voraz depredación de los constructores, al pésimo gusto de los pedestres arquitectos, y a la estulticia, suicida y contumaz, de sus sucesivos ayuntamientos.

Cuando decimos «qué hermosa es tal ciudad», lo que tenemos en nuestra mente, en ese momento, no es toda la urbe, sino las seis u ocho calles que visitamos como turistas y los tres monumentos que salen en las tarjetas postales, quizá algún bonito parque.

Pero más allá de ese pequeño núcleo se extiende la verdadera ciudad, el grueso, digamos, de la misma: una, por lo común, desequilibrada masa de ladrillaje de una vulgaridad, de una fealdad y de una agresividad muy notables; la ciudad ofrecida y entregada como pasto a los más feroces colmillos de la codicia, de la sinvergonzonería y de la especulación.

Apuesten sobre seguro que, cuando en cualquier lugar de España, informamos a alguien de que vivimos en Gr, lo siguiente que vamos a oír en boca de nuestro interlocutor será la frase: «¡Qué bonita ciudad!». Sin embargo, no estará pensando ni refiriéndose a la ciudad en su conjunto, sino, solamente, a la Alhambra, al Albacín y aledaños, y a los alrededores de la catedral y de Plaza Nueva. Y a poco más que a eso.

Para nada estará aludiendo a las horrendas calles que se extienden algo más allá; ni a los horrendos barrios formados por los horrendos edificios levantados, casi todos, por unos cuantos especuladores cuyos apellidos han quedado como sinónimo de espanto urbanístico, de atrocidad estética y de corrupta especulación inmobiliaria, y que, realmente, componen la mayor parte de la ciudad.

Granada es una preciosísima gema, única, hechizadora, mágica, que, por desgracia, ha sido engarzada en un vulgarísimo, paupérrimo y herrinoso anillo de mal gusto, absurdo, ilógico, monstruoso.

La belleza de Gr se limita a ese cogollito o cogollete central a que hemos aludido. Lo demás, hay que decirlo porque nos duele, es, directamente, feo. Feísimo. Una pésima fotocopia, reiterada, de lo más lamentable del estilo internacional, que, estéticamente, tanto daño ha hecho a las ciudades, a todas las ciudades y pueblos, de la segunda mitad del siglo XX. Y sigue en el XXI.

Ha sido destruida, ya casi no queda nada, aque-

lla ciudad pasmo de viajeros, asombro de artistas, inspiración de poetas. Aquella ciudad de cuyos jardines, la pintora María Bashkirtseff escribió que eran «una sucursal del paraíso». Aquella ciudad en la cual, en palabras de Méndez Vellido, «bastaba con subirse a una silla para ver un paisaje». Y Fernández Almagro que «la naturaleza manda con tan avasallador poder que disputa la primacía a la Historia como asimismo al Arte». Y Gallego Burín que estaba sembrada de «caseríos en unidad armónica con el paisaje». Y el literato cordobés el Secundí que «Granada es el Damasco de Al Ándalus, pasto de los ojos y elevación de las almas». Y Calderón de la Barca que «bellísima Granada/ ciudad de tantos rayos coronada/ cuanto tus torres bellas/ saben participar de las estrellas»...

¿Dónde está todo esto? ¿Qué se hizo? ¿Quién lo hizo?

Si hoy nos subiéramos, no ya a una silla, pero a altas escaleras, no veríamos ningún paisaje sino paredón tras paredón: ciudad de los paredones. Ciudad de los paredones que ha devenido Gr.

¿Dónde está todo esto? Perdido. ¿Qué se hizo? Arrasarlo. ¿Quién lo hizo? Ya lo sabemos de sobra: insaciables especuladores con la connivencia corrupta, o simplemente torpe, de las autoridades.

Pero también es responsable, en alta medida, la desidia, el conformismo, la indiferencia de los habitantes: la sola mención de la palabra «Granada» provoca en los granadinos una suerte de éxtasis, un estado alucinatorio ideal, que lanza su imaginación hacia altas cumbres nevadas y limpias; llena su cerebro de turbadoras imágenes de hermosísimos y frágiles palacios orientales; de bosques rumorosos, e hincha su espíritu de épicas sugerencias de heroicas reconquistas.

Y todo este sortilegio, que debiera ser una cosa estupenda (lo es), viene a la postre a convertirse en un desastre, porque hace que los granadinos pierdan el sentido de la realidad, se abandonen a la falsa voluptuosidad de creer que viven en la mejor ciudad del mundo, y, finalmente, entren en un estado poético de abandono y displicencia hacia las cuestiones vivas que afectan a su población. Se podría decir, literalmente, alterando un poquillo el conocido refrán, que los árboles de la Alhambra le impiden ver el bosque de ladrillaje y de pétreo espanto.

Y ello facilita mucho que especuladores y demás, sin oposición alguna ni ciudadana, ni política, ni judicial; sin oposición que no sea algún articulillo de prensa como éste, que irá a parar a ese mismo sitio en el que usted, amable lector, está pensando en este momento, sí a ése, destruyan y afeen a sus anchas.



:: JUAN ORTIZ